



ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

EL CONDE, sentado en actitud de atención agradable.
ZELINA cerca de él, pero algo hacia su espalda, sentada
en unos cojines, cantando al arpa.
(Preludio largo.)

ZELINA
(Canta.)

«Auras de Abril, si algún día
cruzáis murmurando el mar,
decid á la patria mía
que por él no he de pasar.
Si he de vivir como ahora,
id al África y contad
que aquí dichosa una mora
despreció su libertad.»

«Decid del tostado moro
en el campesino aduar,
que el bien que en secreto adoro
no me la deja llorar.
Si he de vivir como ahora,
id al África y contad
que aquí dichosa una mora
despreció la libertad.»

CONDE
Dichosa tú si en tu labio
no miente tu corazón,
que olvidas tu condición,
tu esclavitud y tu agravio,
al compás de una canción.

ZELINA

La música es un consuelo
que sosiega la inquietud;
y amor, que es hijo del cielo,
puede hacer flores del hielo,
placer de la esclavitud.

CONDE

¡El amor! Sólo ha brotado
rudas zarzas para mí,
que el corazón me han llagado.

ZELINA

El objeto habréis errado
de vuestro amor.

CONDE

Lo erré, sí.

ZELINA

Amor es Dios, y jamás
en sus fallos se equivoca,
y las almas á quien toca,
con su arpón lleva detrás
en rueda enredada y loca.
Creencias, tierra, esquivez
estrechan dos corazones
á aborrecerse, y tal vez
por esta misma estrechez,
empiezan grandes pasiones.
Mas aunque razón, fe y tierra
acerquen mucho á otros dos,

si en ellos amor no encierra
su afición, siempre ¡por Dios!
se harán invencible guerra.

CONDE

Eso á mí me sucedió,
Zelina: amoroso, ufano,
mi corazón se rindió;
mas el suyo no tocó
amor, y mi afán fué vano.

ZELINA

También me sucedé así,
señor: alcancé un objeto
digno de mi amor, le dí
mi corazón, y ¡ay de mí!
mi amor no es más que un secreto.
Yo no le puedo ocultar
ni manifestar mi fe;
continuamente pasar
le veo acaso, me ve,
y pasa y..... rompo á llorar.

CONDE

¡Pobre esclava! Tus servicios
merecen mi gratitud.
Yo sé que á tus sacrificios,
á tus desvelos y oficios
debo, tal vez, mi salud.
Yo sé que en tapiz estrecho,
tendido al pie de mi lecho,
noches de vela afanosa
has pasado cuidadosa,
desvelada en mi provecho.
Ya sé que sólo tu mano
con tierno afán me ofrecía
el bálsamo soberano
que la salud me volvía;
mas no lo habrás hecho en vano.
Habla: si con esquivéz
te mira el hombre á quien amas
por tu condición tal vez,
habla, Zelina; á las damas
te igualaré de más prez.
Te daré la libertad
y mis tesoros con ella,
te haré tan noble, en verdad,
que envidie tu vanidad
la cortesana más bella.
Si entonces, á pesar mío,

aun no le rindes, Zelina,
y tuerces tanto desvío,
serás con ese hombre frío
lo que yo con Argentina:
un ser inútil, menguado,
á quien sobra un corazón
ardiente y enamorado,
que su amor ha equivocado
y que pide compasión.

ZELINA

Nosotras las africanas
somos, señor, muy altivas,
y en esas almas tiranas
queremos, aunque cautivas,
entrar como soberanas.
Esos afeites postizos,
son reclamamos echadizos
que desdeña mi ambición;
para vencer con hechizos,
me basta mi corazón.
Si el fuego que en él se encierra
no me conquista mi amor
en franca amorosa guerra,
nunca ha de faltarme tierra
sobrè que llorar, señor.
Pero yo os canso, sin duda,
con mis necias relaciones:
¿qué sabe una esclava ruda
de lo que rompe ni anuda
tan sublimes aficiones?

(Hace que se va.)

CONDE

No ¡por mi vida! Zelina,
no te apartes de mi lado;
tu voz es tan peregrina,
que da á mi fe mortecina
un impulso inesperado.
Ven tú, el único testigo
del triste error de mi esposa,
á ser mi guía, mi amigo,
que esta ofensa vergonzosa
quiero consultar contigo.
Crece, oyéndote, mi fe;
crece, oyéndote, mi amor
á la ingrata que adoré,
y al fin la perdonaré
si me hablas en su favor.
Y tú que, como ella hermosa

y como yo enamorada,
ves mi situación penosa,
sé entre el esposo y la esposa
medianera y abogada.

ZELINA

Yo no sé nunca rogar
ni por otros ni por mí;
yo, cual sé en silencio amar,
cuando una ofensa sentí,
me sé en silencio vengar.
Buscad otro consejero,
señor, que os hable en su abono;
mi corazón es tan fiero,
que cuando odio y cuando quiero,
ni me olvido ni perdono.

CONDE

Eso te dice, Zelina,
tu corazón africano,
que á la venganza se inclina.

ZELINA

Y eso el honor determina
que haga un noble castellano.
Ese atrevido francés
que entró una noche en su cuarto,
contándolo irá después;
y con una afrenta es harto
para quien honrado es.

CONDE

Pues la muerte le haré dar
y callaré su arrogancia.

ZELINA

¿A él solo habéis de matar?
¿Creéis que, nacida en Francia,
ella os lo ha de perdonar?

CONDE

¡Esclava!

ZELINA

El vulgo insensato
será fuerza que se asombre;
no faltará un mentecato
que pregunte sin recato:
«¿Por qué asesinan á ese hombre?»
Y esta pregunta mordaz,

extendida en breve espacio
por toda vuestra ciudad,
vendrá á retumbar, tenaz,
dentro de vuestro palacio.
¿Qué la podréis responder?
Nada; y con eco infinito,
lo que era murmullo ayer
crecerá hasta ser un grito
que diga: «Por su mujer.»

CONDE

Tienes razón, ¡ay de mí!
Mas ¡la amo tanto!

ZELINA

Eso sí;
todo el amor lo perdona,
todo lo olvida y lo abona.....
No en Africa.....; eso es aquí.

CONDE

¡Esclava! Tú la aborreces,
y por eso me aconsejas
lo que tú sola mereces;
no insistas, pues, muchas veces.

ZELINA

(Con ironía.)

¡Oh! Si yo así vuestras quejas
oyera tan sin piedad
como me acabáis de oír
mi parecer, en verdad
que vos vuestra enfermedad
concluyerais con morir.
Consultad, pues, vuestro amor
y no vuestros intereses,
y de ese modo, señor,
el castellano valor
despreciarán los franceses.
Porque sabrán que Castilla,
esclava de los placeres
ante sus damas se humilla,
y contra vos con mancilla
harán levás de mujeres.

CONDE

Ten la lengua ¡vive Dios!
Que recordó tal injuria.
Zelina, ¡mueran los dos!

ZELINA

Mas tened cuenta que á vos
no os perjudique esa furia.
Vengaos, mas con cordura
una venganza buscad
pronta, sí, pero segura,
donde el vulgo que murmura
adivine la verdad.

CONDE

Pues bien; busca tú el camino;
en ese crimen mezquino
yo tener parte no quiero;
sentenciaré justiciero,
mas no mataré asesino.
Esta noche ha de venir;
da el encargo á algún villano,
y hazle tú misma cumplir,
si es que le quiere admitir
algún pobre castellano.

(Ruido dentro.)

¿Qué ruido es éste?

ESCENA II

EL CONDE, ZELINA y UN CABALLERO

CABALLERO

Señor,
por esos montes vecinos
se ve cada vez mayor
de hogueras el resplandor
que encienden los campesinos.

CONDE

¡Vive Dios! Esas hogueras
nos avisan que los moros
pasaron nuestras fronteras.
Mandad salir mis banderas
y derramar mis tesoros.
Mi ejército tengo junto
para salir á afrontallos:
¡liza fatal les barrunto!
¡Que venga Egidio, y al punto
que se ensillen mis caballos!

(Vase el caballero.)

ESCENA III

EL CONDE y ZELINA

ZELINA

¿Vais al combate, señor?

CONDE

Sí, que es cumplir con mi oficio.

ZELINA

Ved que aun os falta vigor.

CONDE

Me aprovecha el ejercicio,
y la guerra es el mejor.

ESCENA IV

EL CONDE, ZELINA y EGIDIO

CONDE

¡Hola! Os estaba aguardando.
Vos sois mi amigo más fiel;
mientras que yo esté lidiando,
de Burgos tendréis el mando;
si muero, alzaos con él.

EGIDIO

Don García, ¿y la Condesa?

CONDE

Egidio, es mi voluntad;
no quiero que en mi ciudad
mande nunca una francesa.
Obedeced y callad.

ESCENA V

EL CONDE y ZELINA

CONDE

Tú es fuerza que mi honra cuides,
Zelina; escúchame bien,
y mis palabras no olvides:
esa venganza detén.

Si ese hombre viene á palacio
esta noche, haz que le prendan;
mas cuenta que no le ofendan
de mi ausencia en el espacio.
Toma ese anillo con sello
de mi casa; en ella ahora
mandarás como señora;
pero peligra tu cuello
si me vendes..... Oye, pues.
Si muero en esta jornada,
enviarás á esa menguada
á Francia, con su francés.
Guárdalos presos si no,
que es tanto lo que la quiero,
que la perdono si muero;
sí, logre otro lo que yo
de ella jamás alcancé,
y que me lo deba á mí:
¿entendisteis?

ZELINA

Sí, á mi fe.

CONDE

Todo cederá ante ti
con ese anillo ducal:
ése tu cabeza escuda,
y á tenerla de hoy te ayuda
en los hombros bien ó mal.

ESCENA VI

ZELINA

Está bien: «Si acaso muero,
¡váyanse á Francia los dos!.....»
Y quien pierda, ¡vive Dios!
seré yo sola..... No quiero.
Si vence y vuelve, la gloria
su venganza acallará,
y de su amor volverá
á encenderse la memoria.
No han de salir de Castilla
mientras no pueda él tornar;
yo mi amor sabré vengar
pretextando su mancilla.
No; entonces, ¿qué adelantaba?
Tarde ó pronto, esa mujer

volviera orgullosa á ser
la señora, y yo la esclava.
Volviera sobre mi faz
con ira á poner su mano,
y con sarcasmo inhumano
volviera á decirme audaz:
«Silencio, esclava. Naciste
de moros hija, y cautiva,
piensa que sólo estás viva
porque en gracia me caíste.
Pues me placen tus cantares,
cantar es tu obligación;
canta y di á tu corazón
que encarcele sus pesares.»
¡Y sujeta á sus antojos
volvería yo á cantar,
y en mi rabia á devorar
las lágrimas de mis ojos!
No: lidiemos desde ahora
cara á cara y por igual,
y alcance el triunfo cabal
ó la francesa ó la mora.
¡Hassam!

ESCENA VII

ZELINA y HASSAM

ZELINA

¿Conoces el sello
que el Conde acostumbra á usar?

HASSAM

Sí, como el perro el collar
con que le amarran el cuello.

ZELINA

¿Harás, pues, cuanto disponga
quien con él ciña su dedo?

HASSAM

Y ¿qué otra cosa hacer puedo?
Haré cuanto me proponga.

ZELINA

Mira.

HASSAM

¡El anillo! Sultana,
á vuestro esclavo mandad.

(De rodillas.)

ZELINA

Sírveme bien, y mañana
cobrarás la libertad.

HASSAM

Bella hurí, que el Paraíso
en mis yerros me haces ver,
¿quién te dió tanto poder?

ZELINA

Hassam, quien pudo y quien quiso.
Y aprende, ó cuéntate muerto,
si has de vivir junto á mí,
que tan siervo eres aquí,
Hassam, como en el desierto.

HASSAM

¡Perdón, sultana, perdón!

ZELINA

Levanta y escucha bien.
Éste desde hoy es mi harén;
guardarle, tu obligación.
La que hasta aquí fué señora,
desde este punto es la esclava,
y el puesto que ella ocupaba,
le ocupa desde hoy la mora.
Ningún cristiano querría
tomar tal cargo sin mengua,
y á más, ninguno sabría
poner un freno á su lengua.
¿Entiendes?

HASSAM

Sí.

ZELINA

La francesa,
de su misma habitación
en el último salón,
bajo esta llave está presa.
Tómala, y hazla salir.

(Hassam entra en la habitación de la Condesa.)

ESCENA VIII

ZELINA. Después ARGENTINA y HASSAM

ZELINA

Ahora, saber es preciso
si al cabo, sin otro aviso,
el francés ha de venir.

ARGENTINA

(Saliendo.)

¿Aquí, Zelina?

ZELINA

Aquí estoy.

ARGENTINA

¿Creía....

ZELINA

Que el Conde fuera
quien os llamase.

ARGENTINA

Eso era.

ZELINA

Pues no, Condesa, yo soy.
Sentaos. Esclavo, sal.

ARGENTINA

¿Qué hace en mi cuarto ese moro?

ZELINA

Llaves pone á su tesoro,
á su gusto cada cual.

ARGENTINA

Nunca al Conde poner vi
su confianza en tal gente.

ZELINA

Condesa, no es al presente
el Conde quien manda aquí.

ARGENTINA

No entiendo....

ZELINA

¿No habéis oído
los atambores tocar?
Pues tras ellos á lidiar,
el Conde al campo ha salido,
y me deja en su lugar.

ARGENTINA

(Con desprecio.)

¿A ti?

ZELINA

A mí; mirad su anillo,
ante el cual todo se humilla;
ya veis que soy en Castilla
cautiva de horca y cuchillo.

ARGENTINA

¿A ti el Conde ese favor?

ZELINA

A mí, y en vuestra presencia.
¿No es verdad que la insolencia
no puede ser ya mayor?
¿No es cierto que necesita
mucha destreza, señora,
para subir una mora
desde esclava á favorita?
¿No lo entendéis? La jugada
es cosa, á fe, de sorpresa.
Pero muy pronto, Condesa,
olvidáis mi bofetada.

ARGENTINA

Esclava, ¿olvidas quién soy?
¿Olvidas que ese descaro
puede costarte muy caro?

ZELINA

Ayer, pudiera, no hoy.

ARGENTINA

De mi boca una palabra
puede costarte la vida.

ZELINA

Decidla, si sois servida;
mas no haya miedo que se abra
esa puerta á vuestra voz,

Tomo III

no; yo os tengo en mi poder,
y del bofetón de ayer
el desquite será atroz.

ARGENTINA

¡Cómo! ¿Osas tú, sierva vil,
amenazarme?

ZELINA

¿Quién sabe?
¿Conocéis bien esta llave?

ARGENTINA

¡Cielos!

ZELINA

(Con ironía.)

Si un mozo gentil,
oculto en ese verjel,
una noche os esperara,
decid, ¿no os acomodara
para abrirle ese cancel?

ARGENTINA

¡Ah! ¡Tú también me haces cargos!
¿Quién te contó, desdichada,
mi afrenta?

ZELINA

Una bofetada
puede hacer de un topo un Argos.

ARGENTINA

¿Conque tú misma....

ZELINA

Yo, sí;

cuando con la luz entré,
ver al que entró no logré,
mas sus palabras oí.
Además, no se os esconde
que siendo yo su cautiva,
debo por mí, mientras viva,
velar el honor del Conde.

ARGENTINA

¡Mucho miras por su honor!

ZELINA

Aun más de lo que os parece.

ARGENTINA

Y mucho tu audacia crece.

ZELINA

Va á la par con mi favor;
y á tan encumbrada altura
intento con él llegar,
que nadie me ha de alcanzar
si lo que pienso me dura.

ARGENTINA

Pues asegura tu puesto;
porque te quiero advertir,
que tras de tanto subir
será caer muy funesto.

ZELINA

Estoy ya bien prevenida,
y no quedará en el orbe
ni un escalón que me estorbe
la bajada ó la subida.
Mas no temáis, recobraos;
quiero yo ser, sí, ¡por Dios!
más generosa que vos.

ARGENTINA

No te comprendo.

ZELINA

Acercaos.

Dijome el Conde al partir:
«Si en esta jornada muero,
con ella, Zelina, quiero
que á Francia le dejes ir.
Guárdales presos si no.»
Ahora bien: muerto ó triunfante,
de esta noche en adelante,
que no os vea quiero yo.
Os ama con ceguedad,
y si os escucha, os perdona,
que todo el amor lo abona.....
en quien ama con verdad.
En cuanto á él, es otra cosa:
si vuelve, le hará morir;
y á fe que le hará sufrir
muerte dura y afrentosa.
Escoged, pues: si os quedáis,
todo lo recobraréis,

mas no le satisfaréis
si á ese galán no matáis.

ARGENTINA

¡Oh, no! ¡Nunca!

ZELINA

Querrá el Conde
que á ello deis consentimiento;
sólo esa prueba responde
de vuestro arrepentimiento.

ARGENTINA

¿Yo consentir en matarle?
No, Zelina.

ZELINA

En ese caso,
solamente resta un paso
por donde poder salvarle.

ARGENTINA

¿Que huya?

ZELINA

No; el Conde volviera,
y si al francés no encontrara,
á ambas á dos nos matara,
y á fe que justicia fuera.

ARGENTINA

¿Justicia?

ZELINA

Pues ¿no miráis
que en salvarle sólo á él,
de vuestra conducta infiel
satisfacción no le dais?
Mientras viva ese galán,
siempre ha de estar sospechando
que vos le estáis esperando
con bien escondido afán.

ARGENTINA

Entonces....

ZELINA

¿No lo entendéis?
Andáis torpe, ¡vive Dios!
¿Qué dificultad tenéis?

Idos á Francia los dos.
Yo os haré franco camino.

ARGENTINA

Mas no comprendo, Zelina....

ZELINA

Si se queda, le asesina.
Condesa, ese es su destino.

ARGENTINA

No; á sus pies me arrojaré.
«Conde, ¿no es harta distancia
la que hay de Burgos á Francia?»
con lágrimas le diré.
Es cierto: le amé y me amó;
vino creyéndome infiel;
seamos felices sin él.

ZELINA

Condesa, ¿y lo seré yo?

ARGENTINA

¿Tú? Pues bien; solo testigo
del crimen y del perdón,
tendrás, sin contradicción,
favor con él y conmigo.

ZELINA

No me basta.

ARGENTINA

Libertad.....

ZELINA

No me basta.

ARGENTINA

¿Qué más quieres?

ZELINA

Quiero que de dos mujeres
quedemos en la mitad.

ARGENTINA

¡Insensata!

ZELINA

Ó vos ó yo.

Habéis puesto en mí la mano
porque el favor soberano
al ponerla os escudó:
por veros en tal altura,
pudisteisme á salvo dar;
quiero, pues, vuestro lugar,
para enseñaros cordura.
¿Me habéis comprendido ya?
Pues bien; partid con ese hombre,
mudad patria, traje y nombre,
y os perdonaré quizá.
Y ved, si en ello medita,
lo que la cuesta, señora,
el ascender á una mora
desde esclava á favorita.

ARGENTINA

¡Oh! ¡Me atosiga el coraje!

ZELINA

¡Tal vez osáis resistir!
Mas no me hagáis otro ultraje,
porque os llevará á morir.
¿Cuándo vendrá ese galán?

(Argentina mira con inquietud por todas partes, fijando un momento la vista en el balcón, y dice Zelina comprendiéndolo.)

¡Hola! Esta noche....; pues bien:
caballos haré que os den
y huid, que no os seguirán;
y huid hoy, porque mañana,
si esta clemencia me pesa,
vuestra injuria de francesa
vengaré como africana.

ARGENTINA

¿Huir?

ZELINA

No hay otro camino:
me ultrajasteis con encono,
y pues la vida os perdono,
benedicid vuestro destino.
Y no os queda otra esperanza
ú os inmolan con furor,
vuestro marido á su honor,
y la mora á su venganza.
Pero ¡silencio! Oigo ruido
debajo de ese balcón.

¡Os habéis estremecido!
¡Me lo daba el corazón!
Entrad en vuestro aposento.
(Entra Argentina, y la cierra.)

ESCENA IX

ZELINA

Y pues tengo unos instantes,
asegurarme quiero antes
del éxito del intento;
no sea que, por torpeza,
equivocando el camino,
venga á caer su destino
después sobre mi cabeza.
Hassam.....

ESCENA X

ZELINA y HASSAM

ZELINA

Dos caballos pon
á la puerta del jardín;
mas atiende con qué fin:
por ellos, con precaución,
dos personas bajarán.
Si en el balcón ves lucir
esta luz, déjalos ir;
si no, mátalos, Hassam.
¿Entiendes?

HASSAM

Creo que sí:
si hay luz, ir les dejaré;
si no hay luz, les mataré.
¿Y después?

ZELINA

Vuélvete aquí.

ESCENA XI

ZELINA. Después LOTARIO

ZELINA

Se irritará el Conde acaso;
mas le diré: «Huir quisieron,
y por su empeño murieron
al impedirles el paso.»

(Llaman á la puerta secreta, y, abriendo Zelina,
entra Lotario embozado.)

Hablad con tiento y camina despacio,
señor francés.

LOTARIO

¿Qué es esto? ¿Y Argentina?

ZELINA

¿No puede, dueña siendo de palacio,
aguardaros en cámara vecina?

LOTARIO

¡Ah! ¿Está aquí?

(Va á entrar; Zelina le detiene.)

ZELINA

Ahí está, mas deteneos.

LOTARIO

¿Qué significa, esclava, esa arrogancia?

ZELINA

Que es preciso acordar con mis deseos
vuestros deseos de volver á Francia.

LOTARIO

¿Contigo? No te entiendo; habla más claro.

ZELINA

Oid, pues: de esta casa soy señora
en ausencia del Conde; sin mi amparo
nada podéis los dos.... ¿Me explico ahora?

LOTARIO

Loca, sin duda, estás; pero te advierto
que el puñal de mi cinto, si me vendes,
dará en tu corazón golpe más cierto
que el lazo de traición que tú me tiendes.

ZELINA

Muy mal me conocéis: si os le tendiera,
sería tan sutil y tan seguro,
que ni el brazo más firme le rompiera,
ni yo temblara del puñal más duro.

LOTARIO

Tiembla del mío, sin embargo, esclava,
porque si tu conducta no te abona,
á la menor sospecha en ti se clava:
delante vé, que es mía tu persona.
De tu voz, de tu acción, pende tu suerte;
guía, pues, de Argentina al aposento
sin más eflugios, ó te doy la muerte.

ZELINA

Y ¿lograréis con ella vuestro intento?

LOTARIO

Pues bien, escucha: decisión me sobra.
Ya estoy aquí, y atrás no he de volverme
sin concluir mi comenzada obra,
que nunca Roquefort, del brazo inerme
temió de una mujer.

ZELINA

¡Por vida mía!

¿Roquefort habéis dicho?

LOTARIO

Mas ¿qué veo?

¡Mi cautiva eres tú!

ZELINA

Y á lo que creo,

Lotario vos.

LOTARIO

Sin duda.

ZELINA

¡Oh, Dios me guarde!

¡Vos sois quien en las playas solitarias
donde logró arrojaros la tormenta,
sin escuchar ofertas ni plegarias,
asisteis á la fuerza de nosotros
cual cosa hallada y de señor exenta
lanzada por la mar para vosotros!
Y apresasteis mi barco, y los tesoros

robasteis á mi padre, y en cadenas
poner hicisteis á mis siervos moros
al tocar de la playa en las arenas.
Sí, á Roquefort esclavos nos llevasteis,
nos hicisteis dormir con vuestros perros,
y cantar nuestro duelo nos mandasteis
al áspero compás de nuestros yerros.
Vos, torpe, mi cariño codiciando,
la libertad con vos me propusisteis;
yo desprecié vuestro cariño infando,
y vos para vengaros me vendisteis.
Pero ved la justicia vengadora
del cielo, que se cansa de sufriros:
señor de Roquefort, llegó mi hora;
podéis de vuestra Francia despediros,
porque á los pies de vuestra esclava mora
(Cierra el balcón.)

vais á exhalar los últimos suspiros.

LOTARIO

Tú eres, sí; te conozco en la fiereza
de tu indomable espíritu africano:
tú eres aquella indómita belleza
que el tormentoso mar puso en mi mano.
Te amé, te desprecié, te vendí luego,
mas te desprecio, esclava, todavía,
y con tu vida y tu fortuna juego
porque burlo tu astucia con la mía.

ZELINA

¿Aun me desafiáis?

LOTARIO

Sí; el medio elige
de tu venganza que mejor te cuadre;
mas piensa bien que tu furor dirige
una sentencia igual contra tu padre.

ZELINA

¡Vive mi padre!

LOTARIO

Sí.

ZELINA

¿Cómo?

LOTARIO

Cautivo,
como tú, en Roquefort, y allí le espera,

de mi fin de las nuevas al recibo,
la misma suerte con que su amo muera.
¿Tiemblas? ¡Por Dios! ¿Creiste que olvi-
que vivías aún y que tus iras [daba
me acosarían siempre? ¡Necia esclava,
á medirme conmigo en vano aspiras!
¿Lo oyes, esclava vil? ¡Esta es mi hora!
Tú eres quien postrada has de pedirme;
y ve aquí la justicia vengadora
del cielo, que se cansa de sufrirme.

ZELINA

Pero estáis en mi mano en este punto,
y si á mi fe mi cólera atropella,
á una voz de mi boca sois difunto:
zanjemos, pues, en paz nuestra querella.
Va mi destino con el vuestro junto:
dadme á mi padre y partiréis con ella;
y ved, señor francés, que de otra suerte,
asida á vuestro cuello está la muerte.
Y en el cambio no andéis con tal pereza;
excusadme ese gesto de ironía,
que jugamos cabeza por cabeza,
y asegurada aquí tengo la mía.

LOTARIO

Bien; consiento.

ZELINA

Firmadme un pergamino
que haga libre á mi padre; á vuestro an-
término señalad á su destino, [tojo
y huid á Roquefort con vuestro arrojo.
Pero mirad que al concluir el plazo
que á su vuelta fijéis, si no parece,
á Roquefort alcanzará mi brazo,
y el muro colosal que le guarnece
dejaré ¡vive Dios! hecho un cedazo;
y el gigante peñón donde envejece,
será, tras la explosión de mis furores,
cementerio no más de sus señores.

LOTARIO

No tiemblo de tus iras mujeriles,
mas pláceme ¡por Dios! que así acabemos.

ZELINA

Trastornaron venganzas femeniles
el mundo alguna vez, y..... nos veremos.

LOTARIO

Basta, cautiva: volverá en seis meses
tu padre junto á ti. ¿Plácete?

ZELINA

Admito.

Mas crecidos ponéis los intereses.

LOTARIO

Si tengo que cumplir, los necesito.

ZELINA

Sea y partid. Pero si el tiempo avanza
y concluyen los seis y no ha venido,
no os adurmáis en necia confianza
allá en vuestros peñascos guarecido;
que si el león desprecia la pujanza
del águila tal vez, entra al descuido
en su cueva la víbora traidora
y abate su arrogancia triunfadora.
Y mirad que si olvidan sus promesas,
su amor ó su venganza las francesas
por su cobarde condición liviana,
yo francesa no soy, sino africana.

ESCENA XII

LOS MISMOS y ARGENTINA

(Abre Zelina á la Condesa, que sale.)

Salid, Condesa, y escapad sin miedo.
En el jardín esperan dos caballos,
y yo detrás para ampararos quedo.

ARGENTINA

¿Tú? ¡Traición infernal!.....

ZELINA

No, no hay ninguna.
No me estéis de vivir agradecida,
que, aunque sin honra, si salváis la vida,
quien os salva no soy, es la fortuna.
Silencio, ¡vive Dios! y huid.

LOTARIO

Partamos:

ven sin temor, que su interés la inspira;
y ¡ay de tu padre si vendidos vamos!

ZELINA

¡Ay de tí, Roquefort, si el plazo expira!

(Vanse Lotario y Argentina por la puerta secreta. Ze-
lina abre el balcón, y poniendo en él la luz para que
sirva de señal á Hassam, aguarda.)

ESCENA XIII

ZELINA. Después HASSAM

ZELINA

Cuidemos de que Hassam no se equivo-
[que,
y errando su lección, en un momento

(Escuchando.)

de mi esperanza el pedestal derroque.

(Mirando.)

Salen....., se ocultan ya.....; ya no los siento.

(Pausa.)

¡Qué incertidumbre, Dios mío!
Mas ya del cancel resuena
el cerrojo y la cadena
por el corredor sombrío.

(Abre.)

Ya suben. ¿Quién va?

HASSAM

Yo.

ZELINA

Hassam,

¿qué has hecho?

HASSAM

Libres los dos,
á escape, señora, van.
¿Hice bien?

ZELINA

¡Sí, vive Dios!

